

*SER PROFESOR Y DIRIGIR PROFESORES EN TIEMPOS DE CAMBIO*  
Lourdes Bazarra, Olga Casanova, Jerónimo García Ugarte  
Madrid: Narcea S. A. Ediciones, 2005

---

ELSA TUEROS WAY\*

El sistema educativo actual se enfrenta al gran reto que las sociedades requieren en los momentos que hoy vive nuestro mundo: cómo humanizar más y mejor.

Asimismo, en los comienzos de un siglo marcado por el avasallador desarrollo del conocimiento y de la técnica, que nos coloca en una tesitura de vértigo y de cambio, existen preguntas definidas que no debiéramos abandonar nunca: ¿por qué educar?, ¿para qué educar?, ¿cómo hacerlo?

Ante estas preguntas, los autores de la obra *Ser profesor y dirigir profesores en tiempos de cambio* nos ofrecen el desarrollo de dos temas fundamentales: *ser profesor en tiempos de cambio* y *dirigir profesores en tiempos de cambio*. La reflexión sistemática, el análisis sostenido y la propuesta de acción que presentan para estos tiempos llevan a los lectores a revisar el horizonte, la orientación y el sentido del quehacer del educador.

La verdadera acción educativa en el amplio campo que le corresponde es y será siempre una respuesta para la construcción de sociedades más humanas. Al final de cuentas, «educar es humanizar». Es creer y confiar en el ser humano y es estar dispuesto permanentemente a engrandecer en todos y en cada una de las personas la globalidad de sus posibilidades, es decir, intentar constantemente hacer pleno en ellas su desarrollo integral, su inteligencia y sensibilidad, solidaridad y ternura, y todo aquello que late en la profundidad de su ser.

Por lo tanto, si educar es humanizar, los educadores son ciertamente creadores de humanidad.

La obra en su primera parte centra su atención en *lo que son y deben ser los profesores*. Se presenta un perfil de educador, un modo de concebir el mundo y de relacionarse con él, un modo propio de quien tiene como misión llevar

---

\* Profesora principal del Departamento Académico de Educación de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

a cabo la acción educativa. En este sentido destaca lo que configura un perfil propio de un profesor.

A este propósito es muy inspirador el poema que en la presentación del libro recoge Fernando González Lucini. Es una canción de Pablo Guerrero:

Los sueños vuelan alto como pájaros. Tus sueños descienden como lluvia. /  
Los sueños ven la tierra desde arriba. Tus sueños acuden si los llamas. / Los  
sueños tienen los ojos transparentes. Tus sueños se instalan en tu casa. / Los  
sueños iluminan. Tus sueños son posibles. / Los sueños son posibles.

Conscientes, dice González Lucini, de que el mundo está por hacer y de que los educadores tienen la gran capacidad de imaginar y proyectar el futuro, y a la vez de colaborar en su construcción, siempre existe la posibilidad de lo posible. Por lo tanto, siempre existe la posibilidad de mejorar la educación.

Hay que imaginar desde aquí con los autores de la obra un sistema educativo dinámico, abierto a la interrogación, al diálogo y a la escucha. Y sobre todo hay que construir un sistema en el que los tradicionales términos de programación, diseño, estrategias didácticas o currículo se entrañen con otros hoy más importantes que nunca: pasión, desprendimiento, alegría, ternura, entusiasmo y esperanza.

La segunda parte del libro vinculada y coherente con la primera presenta lo que es una «misión compartida» en solidaridad y esperanza. Los profesores y profesoras de un mismo centro educativo unen sus planteamientos e ideales dinamizados por un equipo directivo cuya función esencial es el apoyo, el estímulo y la motivación al profesorado.

Al volver a la primera parte del libro afirman que, cuando los profesores están convencidos de que cada asignatura, lección o aprendizaje abre una puerta al misterio de interpretar y entender la vida, las aulas se convierten en un espacio de dinamismo emocional y racional.

La pregunta motivadora surge: ¿por qué decir «soy profesor» no es sinónimo de «profesionales de vanguardia»? De profesionales caracterizados por

- la pasión por investigar e innovar;
- su potencial como buenos comunicadores y buenos escuchadores;
- su capacidad para elegir y crear las mejores estrategias que ayuden al grupo y a cada alumno para comprender y comprenderse mejor;
- estar preparados para enseñar sobre la vida y el mundo a los futuros gobernantes, los que construirán el mundo en el que nos tocará vivir.

Es significativo encontrar desde la sencillez de estas reflexiones el planteamiento sobre cómo se plantea al educador el reto de desarrollar lo más humano que cada uno tiene. Para ello es preciso:

- eliminar la pasividad;
- desarrollar la capacidad crítica y de indagación personal de cada alumno;
- hacerlo con equilibrio, amenidad y benevolencia;
- iniciar el aprendizaje desde la intuición; y
- relacionar siempre conocimiento y vida.

Un punto muy pertinente es el que trata sobre los profesores en el mundo. En este tiempo tan dado simplemente a gestionar el ahora, es necesario recuperar la capacidad de trabajar las cuestiones de sentido.

Las metas aún pendientes que dejó el siglo XVIII, libertad, igualdad y fraternidad, constituyen horizontes a alcanzar en medio de las incertidumbres que ofrece nuestro tiempo. Hay que mantener y trabajar sin desmayo la pasión por el poder de transformación de la educación, por el deber de reflexionar críticamente sobre nosotros mismos y humanizar la sociedad, que caracterizaron el siglo XIX y comienzos del XX.

Y en este contexto nos preguntan «¿cuál es el sueño que nos mueve y motiva en este nuevo siglo?». A este propósito citan a Edgar Morin: «Los grandes desafíos de la enseñanza contemporánea están en originar mentes bien ordenadas antes que bien llenas, enseñar la riqueza y la fragilidad de la condición humana, afrontar la incertidumbre. En una palabra: formar al ciudadano del nuevo milenio».<sup>1</sup>

Todo ello supone un ejercicio de

- realismo y consciencia: ¿dónde estamos?;
- intuición: ¿hacia dónde puede llevarnos la realidad en la que vivimos?, ¿qué aspectos merecen la pena?, ¿en qué hay que corregir y cambiar?;
- imaginación: ¿cómo podría ser para que mereciese la pena vivir?; y
- constancia, trabajo, valor, implicación: ¿qué tenemos que hacer?, ¿cómo puedo contribuir yo?

Al cerrar la primera parte de la obra presentan el tema de la didáctica como un espacio de reflexión que pueda no solo llevar a los estudiantes a aprender datos, sino que sea capaz de conducirlos a que el conocimiento se transforme en sabiduría, en vida, en experiencia que les permita rozar, de vez en cuando, la felicidad como sociedad y como individuos.

Si ese es el objetivo, ¿qué pasos necesita seguir esta didáctica? Debe recuperar los *por qué* y no olvidar los *para qué*: el deber de humanizar a través del conocimiento. El conocimiento no es un valor en sí mismo. Lo que caracteriza un aprendizaje de calidad es lo que el alumno es capaz de hacer con la información que se le entrega. Todo ello supone

- llegar a conclusiones por sí mismo a través de su pensamiento lógico;
- análisis crítico;
- capacidad para imaginar o crear desde lo aprendido; y
- una respuesta ética ante la realidad, las actitudes y los comportamientos que todo conocimiento exige elegir y que deberían ser siempre humanos y humanizados.

Termina la primera parte del libro con el subrayado a la labor de un buen educador, de un buen profesor, que está caracterizada por dos aspectos: la pasión por lo humano y la pasión por la vida, por el conocimiento y su misterio.

Se requieren, por lo tanto, profesores conscientes de su responsabilidad y capaces de crecer y disfrutar con ella. Profesores que sitúen el eje de sus acciones vitales e intelectuales en aprender, no en enseñar. Estos son algunos de los rasgos que los autores han considerado fundamentales en un educador del siglo XXI.

La segunda parte del libro nos plantea el reto interesante de dar respuesta a dos preguntas fundamentales sobre el tema de la Dirección de profesores en un centro escolar: ¿hacia dónde dirigir a los profesores?, ¿cómo dirigirlos?

Los autores hablan de dos modelos de Dirección. El primero es el de uno que aparece como un modelo puramente administrativo, sin interacción con los profesores a los que dirige y con poca presencia activa en la práctica y en la evolución pedagógica del centro al que representa. Es un modelo que no ayuda a que el gran cambio que necesita la escuela nazca hoy de las aulas y de los claustros. El segundo modelo de Dirección responde a un principio fundamental: realiza su misión, la misión de dirigir a un equipo de educadores desde el respeto a la riqueza de la diversidad y de la individualidad.

Nos hablan de cómo la misión de los directores de centros escolares consiste en convertir el claustro de profesores en una fuerza arrolladora de creatividad, con capacidad para avanzar y seguir construyendo en un mundo en continuo devenir. Y esto solamente es posible desde la total implicación de los directores.

Los temas de «Liderar el cambio», «Apoyo y motivación del profesorado», «Planes de formación» y «Evaluación de procesos» son señalados como puntos clave que pueden servir como parámetros para medir el grado de implicación de la Dirección de un centro escolar.

Resulta interesante, al tratar sobre un programa de formación, la consideración de los tres ámbitos fundamentales de perfeccionamiento:

- Académico: formación en nuevas metodologías de enseñanza y aprendizaje
- Ético-social: formación en nuevas estrategias para la transmisión de valores y competencias sociales
- Directivo: formación en el desarrollo de capacidades directivas para todos aquellos educadores que quieran asumir puestos de responsabilidad

Más allá de las técnicas que el texto recomienda merece ser destacado lo que llaman los autores «una escuela de calidad». Una escuela de calidad, una sociedad de calidad en la que merezca la pena vivir, solo es posible con adultos de calidad que actúen sin esconderse desde el ámbito o desde el papel social que les corresponda. Adultos que por su forma de vivir convengan, que contagien a niños y adolescentes y a otros adultos también de que existe una manera de relacionarse con la vida y con uno mismo que merece ser aprendida, por la que vale la pena esforzarse.

Culmina la obra con la afirmación de que la escuela es un proyecto exigente, un proyecto que, al ser desarrollado, nos obliga a *todos* a mirarnos, a ser capaces de respondernos de vez en cuando, ¿qué hemos aprendido?, ¿qué merece la pena aprender?, ¿cuál es la mejor manera de hacerlo?, ¿cuánto creemos que deben aprender los que nos siguen?, ¿cuánto estamos dispuestos a aprender aún nosotros?

Se puede afirmar que la obra *Ser profesor y dirigir profesores en tiempos de cambio* expresa lo que es y debe ser un profesor. Su lectura otorga a los profesores un perfil, un modo de concebir el mundo y de relacionarse con él, distinto al de otros profesionales.